

# Monarquismo vizcaíno e Historia Antigua en la reacción contra el nacionalismo vasco en Vizcaya (1918-1923): Gregorio de Balparda y Luis de Salazar\*

[Biscayan Monarchism and Ancient History in the reaction against Basque nationalism in Biscay (1918–1923): Gregorio de Balparda and Luis de Salazar]

Jonatan Pérez Mostazo  
Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

## Resumen

Como consecuencia de la derrota electoral de 1918 frente al nacionalismo vasco, el monarquismo vizcaíno organizó una reacción para recuperar el poder perdido, desplegada no solo en el plano electoral, sino también en el historiográfico. Es el caso de las obras de Gregorio de Balparda y Luis de Salazar, miembros del directorio de la Liga de Acción Monárquica. En un contexto de imágenes plurales y diversas de la Antigüedad, ambos publicaron obras en las que se enfrentaban a la visión del pasado antiguo difundida por el nacionalismo vasco, siguiendo la estela de su fundador, Sabino Arana. Aunque con un mismo objetivo, ambos autores optaron por formatos y estrategias discursivas diferentes, creando visiones originales de la Antigüedad de Vizcaya que introducían elementos novedosos, no solo respecto al nacionalismo vasco, sino también respecto a la tradición historiográfica anterior.

## Palabras clave

Antigüedad vasca, recepción de la Antigüedad, historiografía, nacionalismo vasco, monarquismo vizcaíno

## Abstract

Following their electoral defeat against Basque nationalism in 1918, the monarchists of Biscay organised a response to regain lost power. This response unfolded not only at an electoral level, but also within the field of historiography. Examples of this can be seen in the works of Gregorio de Balparda and Luis de Salazar, who were both members of the *Liga de Acción Monárquica*'s board. In a context of plural and diverse images of Antiquity, they published works in which they challenged the vision of the ancient past disseminated by Basque nationalism, following in the footsteps of its founder Sabino Arana. While both authors shared the same goal, they employed different formats and discursive strategies, offering unique perspectives on the history of Biscay that introduced new

---

\* Esta investigación se enmarca en el Proyecto I+D+I ANIHO: *Antigüedad, nacionalismos e identidades complejas en la historiografía occidental: desigualdades modernas y nuevos paradigmas identitarios* (PID2023-150635NB-I00), financiado por MICIU/AEI/10.13039/501100011033 y FEDER/UE y en el Grupo de Investigación GIU 21/009, *Relaciones políticas y categorías sociales en Grecia y Roma*.

elements in relation to both Basque nationalism and the previous historiographical tradition.

*Keywords*

Basque Antiquity, Reception of Antiquity, historiography, Basque nationalism, monarchists in Biscay

*1. Introducción*

El 17 de marzo de 1918 se reunieron en el Casino de Archanda lo más granado de la élite industrial y política vasca afecta al monarquismo. Homenajeaban a los candidatos monárquicos por Vizcaya que habían recibido una rotunda derrota en las elecciones para Diputados a Cortes celebradas 24 de febrero de aquel mismo año, cuando los nacionalistas vascos se habían hecho con cinco de los seis distritos, quedando el sexto en manos del socialista Indalecio Prieto. En aquella reunión “entre grandes aclamaciones se acordó la unión sagrada de los monárquicos vizcaínos frente al separatismo”<sup>1</sup>.

El nacionalismo vasco había surgido en Bilbao hacia 1895 de la iniciativa de los hermanos Arana, siendo su líder carismático Sabino. Tras unos años de clandestinidad, había tomado cierta relevancia tras la alianza con los antiguos fueristas intransigentes de la Sociedad Euzkalerria, liderados por el naviero Ramón de la Sota. Marginal todavía durante la primera década de la centuria, la coyuntura abierta por la Primera Guerra Mundial, el auge de las reivindicaciones autonomistas y la crisis de los partidos dinásticos en España lo llevó a cosechar importantes victorias electorales. La primera, a nivel municipal en 1917, obteniendo la alcaldía de Bilbao y la presidencia de la Diputación Provincial de Vizcaya. Tras el éxito, Comunión Nacionalista Vasca presentó por primera vez sus candidatos a Cortes, convirtiéndose la gran vencedora de los comicios<sup>2</sup>.

La reunión de Archanda fue el primer paso de la reacción monárquica frente al nacionalismo. En 7 de enero de 1919 se formó la Liga de Acción Monárquica, partido de notables liderado por el maurismo de Ramón Bergé, de gran presencia en Vizcaya, pero que agrupaba también a los liberales de Gregorio Balparda y a los conservadores de Luis de Salazar, con el objetivo expreso de recuperar cotas de poder frente al nacionalismo. La prioridad antinacionalista se extendió a los compromisos tácitos alcanzados con republicanos y socialistas de cara a

---

<sup>1</sup> Javier de Ybarra, *Política nacional en Vizcaya* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1948), p. 457.

<sup>2</sup> Sobre la evolución del nacionalismo vasco en la época: Santiago de Pablo, Ludger Mees y José Antonio Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco. Volumen I: 1895-1936* (Barcelona: Crítica, 1999); Ludger Mees, «El nacionalismo vasco entre 1903 y 1923», *Eusko Ikaskuntza - Cuadernos de Sección Historia-Geografía* 17 (1990), pp. 114-139.

las elecciones de 1919. La estrategia fue un éxito, recuperando los monárquicos el mando en las principales instituciones de la provincia, así como en la representación en Cortes. Las debacles electorales llevaron a Comunión Nacionalista Vasca a una crisis interna que provocaría la escisión de su sector más radical en 1921<sup>3</sup>.

La reacción monárquica fue sobre todo política y electoral, pero no solo. La cultura y el relato histórico también jugaron un papel en el combate dialéctico contra las doctrinas nacionalistas en los años que siguieron al pacto de Archanda. Y, en este contexto, la Antigüedad también estuvo presente. Significativamente, dos de los tres miembros del directorio de la Liga de Acción Monárquica, Gregorio de Balparda y Luis de Salazar, publicaron a inicios de los años 20 sendas obras que revisaban la imagen de la Antigüedad vasca para, de manera más o menos expresa, oponerse al nacionalismo vasco. Del primero, la *Historia crítica de Vizcaya y sus fueros*, cuyo primer tomo vio la luz en 1922 como parte de un proyecto historiográfico más ambicioso. Del segundo, unos *Pasatiempos históricos* que no tuvieron tanta repercusión pero que revisitaban los principales hitos de la Historia Antigua de vizcaínos y vascos. El objetivo del presente artículo es analizar estos dos textos en su contexto histórico e historiográfico, atendiendo al modo en el que ambos políticos monárquicos rememoraron los tiempos más remotos para elaborar relatos históricos alternativos al del nacionalismo vasco, rebatiendo así sus fundamentos historicistas.

## 2. La Antigüedad en Bilbao: *de los últimos románticos a la Escuela Romana del Pirineo (1876-1923)*

Cuando Luis de Salazar y Gregorio de Balparda acudieron al pasado antiguo para reforzar históricamente su discurso antinacionalista, la Antigüedad llevaba décadas presente en la cultura histórica y el debate político e identitario de la capital vizcaína. Desde la misma consolidación del régimen liberal español y de la nueva foralidad vasca, en las décadas centrales del siglo XIX, una nueva visión romántica de la Antigüedad vasca pasó a estar al servicio del fuerismo hegemónico del momento, como sustento de su discurso político y de una identidad etnorregional basada en el doble patriotismo y la particularidad vasca desde el pasado más remoto. Sin embargo, la desaparición del régimen foral, así como el auge industrial y sus consecuencias sociales y políticas llevaron al pluralismo político e identitario, así como a diversas maneras de entender y representar el pasado antiguo<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> Manuel Montero, «La confrontación política y electoral entre el nacionalismo vasco y los grupos no nacionalistas en la crisis de la Restauración, 1917-1923», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 44 (2022), pp. 199-220.

<sup>4</sup> Sobre la identidad vasca en el siglo XIX y la Restauración, Félix Luengo Teixidor, «Restauración: identidad, fueros y autonomía. Liberales, republicanos y carlistas en

En un ambiente dominado todavía por figuras destacadas del fuerismo romántico como Antonio de Trueba (1819-1889), Juan Eustaquio Delmas (1820-1892) o Vicente de Arana (1847-1890), los años 80 conocieron los primeros intentos de renovación de la visión de la Antigüedad de los vascos de la mano de un joven Miguel de Unamuno (1864-1936), quien tanto desde la *Revista de Vizcaya* como desde el atril de la sociedad liberal El Sitio de Bilbao trató de “barrer con ayuda de todos aquellos que no tienen la venda de la pasión ante los ojos, la máquina formidable de quimeras y fantásticas invenciones” con la que “han echado a perder” la historia del pueblo vasco<sup>5</sup>. Sin embargo, no fue hasta 1895 cuando muchos vieron la materialización de este llamamiento a realizar una historia del Señorío desprendida de fábulas y ensoñaciones, con la publicación del primer tomo de la *Historia general del Señorío de Bizcaya* del presbítero Estanislao Jaime de Labayru (1845-1904), que continuó en seis tomos hasta su fallecimiento en 1904. Para entonces, Bilbao se había convertido ya en un importante polo de creación cultural, editorial y periodística, atrayendo a figuras que serían importantes en el desarrollo historiográfico de la capital y la provincia, como el guipuzcoano Carmelo de Echegaray (1865-1925), radicado en Gernika desde su nombramiento como “Cronista de las Provincias Vascongadas” en 1896, el editor alavés Fermín Herrán (1852-1908), que compendió la obra de Labayru, o la profesora asturiana Adelina Méndez de la Torre (1871-1960), autora de una pionera *Historia de las Provincias Vascongadas* en 1900<sup>6</sup>.

Sin embargo, la Antigüedad no estuvo solo presente en un desarrollo historiográfico cada vez más tendente a la crítica positivista y a la profesionalización. También lo estuvo en el discurso y la propaganda políticas, como lo muestra la obra de Sabino Arana (1865-1903), líder del nacionalismo vasco. En los primeros años de vida pública, Arana polemizó con los representantes de la nueva generación historiográfica como Miguel de Unamuno o Estanislao Jaime de Labayru para erigirse como altavoz del “pensamiento bizkaíno patriota”, siendo la Antigüedad un recurso para ello. Una vez contó con un instrumento de expresión propia, el periódico *Bizkaitarra* (1893-1895), desplegó una retórica más combativa, planteando una relectura del pasado vasco que afectó intensamente a la visión de la Antigüedad, con el objetivo de sustentar su proyecto político independentista. Esta visión del pasado la siguió cultivando en publicaciones de carácter más cultural y erudito, y también en las recreaciones

---

la construcción de la identidad vasca (1876-1923)», en Luis Castells Arteche y Arturo Cajal (eds.), *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)* (Madrid: Instituto Valentín de Foronda & Marcial Pons, 2009), pp. 135-157; Coro Rubio Pobes, *La identidad vasca en el siglo XIX. Discurso y agentes sociales* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1993). Sobre la recepción de la Antigüedad en la cultura histórica vasca del XIX, Jonatan Pérez Mostazo, *Lustrando las raíces. Antigüedad vasca, política e identidad en el siglo XIX* (Pamplona: Urgoiti, 2019).

<sup>5</sup> Citas literales en Miguel de Unamuno, «¿Vasco o basco?», *Revista de Vizcaya* 1 (1886), pp. 399-404.

<sup>6</sup> Pérez Mostazo, *Lustrando las raíces*, pp. 221-226.

literarias que confeccionó en los últimos años de su vida, incluso tras su giro hacia el regionalismo<sup>7</sup>.

La Antigüedad sirvió a Arana, en primer lugar, para defender la particularidad de la raza vasca y su neta diferenciación de la española, siendo el elemento racial decisivo en su definición de la nacionalidad. En numerosas ocasiones señaló la gran extensión que habría tenido la raza vasca en tiempos remotos y su posterior marginalización y aislamiento, mostrándola como una “raza isla” de misterioso origen. En segundo lugar, Arana situó en la Antigüedad el origen de la secular e ininterrumpida independencia de Vizcaya, que prolongaba hasta 1839. En tiempos antiguos, la provincia se habría visto libre del dominio romano, a diferencia España y de otras regiones vascas. Eso le permitió mantenerse a salvo de la influencia extranjera, corrosiva para Sabino Arana, hasta al menos la creación del Señorío en el siglo IX. Por tanto, los vizcaínos no habrían recibido influencias de lo latino, cuya decadencia denunciaba Arana en el contexto post 1898<sup>8</sup>.

Aunque Sabino Arana no pretendió ser historiador, su visión del pasado tuvo una honda influencia en los primeros nacionalistas vascos, al menos mientras vivió y en las dos décadas posteriores a su muerte, también en el caso de los tiempos antiguos<sup>9</sup>. Así, con escasas excepciones como la del navarro Arturo Campión (1854-1937)<sup>10</sup>, los nacionalistas vascos que se acercaron a la Antigüedad siguieron defendiendo las posturas iniciadas por el “maestro”, a menudo utilizando o desarrollando sus argumentos. Desde la prensa y la publicística cultural vasca se combatió el iberismo de los vascos, también desde el ámbito universitario. Así lo muestra la tesis doctoral del vitoriano Enrique Eguren (1888-1944), defendida en 1913 en la Universidad Central de Madrid con el título de *Estudio antropológico del pueblo vasco*, que respecto a la relación entre

---

<sup>7</sup> Sobre la historia en Sabino Arana, José Luis de la Granja, «La invención de la historia. Nación, mitos e historia en el pensamiento del fundador del nacionalismo vasco», en Justo Beramendi *et al.* (eds.), *Nationalism in Europe. Past and present. Volumen 2* (Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1995), pp. 97-140.

<sup>8</sup> Sobre la Antigüedad en la obra de Sabino Arana, Jonatan Pérez Mostazo, «La Antigüedad y los orígenes de los vascos en la obra de Sabino Arana (1865-190), fundador del nacionalismo vasco», *Revista de Historiografía* 39 (2024), pp. 277-300; Fernando Wulff Alonso, «Nacionalismo, Historia, Historia Antigua: Sabino Arana (1865-1903), la fundación del nacionalismo vasco y el uso del modelo historiográfico español», *Dialogues d'histoire ancienne* 26 (2000), pp. 183-211.

<sup>9</sup> Jonatan Pérez Mostazo, «La Antigüedad en la cultura histórica del nacionalismo vasco de inicios del siglo XX (1903-1923)» en Paloma Martín-Esperanza *et al.* (eds.), *Historiografía de la Historia Antigua en España y América Latina* (Madrid: Dykinson, 2024), pp. 283-308; «La Antigüedad alternativa del primer nacionalismo vasco» en Tomás Aguilera *et al.* (eds.), *Discursos alternativos en la recepción de la Antigüedad* (Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2017), pp. 155-174.

<sup>10</sup> Emilio Majuelo, *La idea de historia en Arturo Campión* (Donostia-San Sebastián: Eusko Ikaskuntza, 2011).

íberos y vascos sostenía tesis muy similares a las planteadas por Sabino Arana y por el líder del nacionalismo vasco alavés, Luis Eleizalde (1878-1923), en *Raza, lengua y nación vascas*, publicada en la capital vizcaína en 1911.

Además, una comunidad nacionalista cada vez más articulada en espacios de sociabilidad y agrupaciones político-culturales ideó nuevas vías para la politización y la movilización de diferentes sectores sociales, también para la difusión de cierto discurso histórico, en este caso, mediante el teatro. Así, diversas obras teatrales retomaron episodios y personajes de la literatura fuerista del XIX inspirados en la Antigüedad como medio para difundir visiones del pasado remoto de los vascos concordantes con el discurso nacionalista. En el caso de Bilbao, Alfredo Echave (1872-1926) proyectó en 1907 el drama *Lelo*, ambientado en el momento de las guerras contra Roma, cuyos versos están plagados de llamamientos a la defensa de la patria frente a la amenaza extranjera. Otro ejemplo lo firmó Emiliano de Arriaga (1844-1919), quien fue presidente del Centro Vasco de Bilbao, autor de *Lekobide* en 1913, un drama lírico inspirado en las *Tradiciones vasco-cántabras* de Juan Venancio de Araquistáin (1828-1906) en el que se heroizaba el sacrificio por la patria en la guerra contra el invasor romano. Esta patria ya no era Cantabria, sino “Euzkadi”, pues la primera se habría sometido a las legiones de Augusto mientras los vascos o “euzkotarrak” habrían mantenido su independencia<sup>11</sup>.

A pesar de la intensa actividad cultural de la comunidad nacionalista vasca a partir de 1910, que explica en parte sus éxitos electorales del final de la década, Bilbao se mostraba en la época como una ciudad en pleno auge económico y cultural en la que convivían diferentes sensibilidades políticas e identitarias, y, en consecuencia, también relatos diversos del pasado, en ocasiones contrapuestos. Otra de las agrupaciones que marcó el desarrollo político de la capital vizcaína durante las primeras décadas del siglo fue la socialista, de fuerte implantación en la zona minera próxima. Aunque el pasado remoto y la identidad regional no tuvieron tanto protagonismo en su discurso, hubo quien trató de formular visiones propias y favorables de la Antigüedad vasca. Fue el ejemplo del librero y líder socialista bilbaíno Felipe Carretero (1867-1941), autor de *Crítica del nacionalismo vasco o historia compendiada de las causas de la decadencia y desaparición de las leyes forales vascas*, publicada en 1902 o 1913<sup>12</sup> con el objetivo de contrarrestar el discurso histórico de los seguidores de Arana. Para ello, conjugando los textos de Friedrich Engels (1820-1895) y del afrancesado vizcaíno Juan Antonio Zamacola (1758-1826), se retrotrajo al pasado remoto para defender que la esencia vasca debía buscarse en la época anterior a la conquista romana, cuando los vascos disfrutarían de un comunismo originario en el que no

---

<sup>11</sup> Pérez Mostazo, «La Antigüedad en la cultura histórica», pp. 295-300.

<sup>12</sup> Existe un debate no resuelto sobre la fecha de la primera edición, pues únicamente se conserva la segunda edición publicada en 1932. Antonio Rivera, *Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2003), p. 59, n. 93.

existiría la explotación económica. Un estado que habría desaparecido tras la dominación romana y la posterior implantación del cristianismo<sup>13</sup>.

Además del nacionalismo vasco y el socialismo, las élites rectoras de la provincia se organizaron política y culturalmente en una miríada de agrupaciones y espacios, desde posiciones católicas integristas hasta el republicanismo, pasando por una serie de partidos liberales y dinásticos de sensibilidades más o menos regionalistas o españolistas<sup>14</sup>. Expresión en el terreno cultural de esa diversidad fue la revista *Hermes*, fundada por el nacionalista vasco heterodoxo Jesús de Sarría (1887-1922) con la vocación, al menos en sus primeros años, de reunir un amplio espectro de firmas en una “tribuna de convivencia respetuosa y cordial” que fuera “testimonio glorioso de la civilidad de nuestra raza”<sup>15</sup>. La publicación, que aspiraba a dar testimonio y fomentar el desarrollo cultural y la modernidad de un Bilbao en pleno auge económico, también se hizo eco de un cada vez más presente clasicismo de inspiración grecolatina, vinculado al progreso y la civilización<sup>16</sup>.

Muestra de ello fueron las poesías del diplomático bilbaíno destinado al Vaticano Ramón de Basterra (1888-1928), de clara evocación romana, en las que se celebraban el legado clásico<sup>17</sup>. O el propio nombre de la revista, en referencia al dios griego del comercio, adoptado como símbolo de progreso y bonanza económica por las burguesías internacionales del momento. La portada de la revista reproducía la estatua de Mercurio realizada en el siglo XVI por Giambologna, la misma que inspiró la escultura de gran formato realizada por Moisés de Huerta (1881-1962) para coronar la nueva sede del Banco de Bilbao construida por el arquitecto Pedro Guimón (1878-1936) en un monumental orden corintio, emplazada en la Gran Vía bilbaína, junto a la también clasicista sede del Banco de España, inauguradas ambas en 1923. Guimón, de adscripción nacionalista y uno de los mayores exponentes de la arquitectura doméstica regionalista, consideraba, sin embargo, que para edificaciones de carácter monumental era necesario acudir al estilo clásico, procedente de “los puros manantiales de Grecia y Roma”, que

---

<sup>13</sup> Rivera, *Señas de identidad*, pp. 58-61. Como dato curioso, Carretero fue librero de Gregorio de Balparda, como lo acredita el recibí conservado en la Biblioteca Foral de Bizkaia (VMSS-377). Entre los libros comprados se encuentra *Vida íntima de los romanos* de Ludwig Friedlaender, traducida al castellano en 1876.

<sup>14</sup> Santiago de Hoz et al. «Características y evolución de las élites en el País Vasco (1898-1923)», *Historia Contemporánea* 8 (1997-1998), pp. 107-142.

<sup>15</sup> Jesús de Sarría, «Nuestro aniversario», *Hermes. Revista del País Vasco* 31-32 (1 enero 1919), pp. 1-2.

<sup>16</sup> Sobre la revista, M<sup>a</sup> Begoña Rodríguez Urriz, *Hermes y la cultura de su tiempo*. Tesis doctoral (Universidad de Deusto, Bilbao, 1990) y el dossier monográfico de la revista *Bidebarrieta* 7 (2000).

<sup>17</sup> Elene Ortega Gallarzagaitia, «Ramón de Basterra y sus poemas en Hermes», *Bidebarrieta* 7 (2000), pp. 151-160; Antonio Duplá Ansuategui, «El clasicismo en el País Vasco: Ramón de Basterra», *Vasconia* 24 (1996), pp. 81-100.

habría demostrado la virtud de la eternidad, reflejo de la fortaleza y virtud de los pueblos que lo crearon<sup>18</sup>.

El mejor exponente del clasicismo de moda en algunos círculos de la élite bilbaína a inicios de la década de los años 20 fue la conocida como “Escuela Romana del Pirineo”, que no pasó de ser una reunión informal de intelectuales que se reunían en la tertulia dirigida por Pedro Eguillor (1877-1937) en el café Lyon d’Or de la Gran Vía bilbaína, de gusto romanizante, inspirados por la *École romane* de París y el *noucentisme* catalán, cuyos principales participantes evolucionaron con el tiempo hacia posturas cada vez más próximas al fascismo italiano, integrándose muchos de ellos en Falange Española. Miembro destacado de este grupo fue el ya mencionado Ramón de Basterra, que entre 1921 y 1926 publicó varios libros de poesía en los que celebraba una vez más el legado imperial de Roma y la civilización que habría traído a sus “montaraces” ancestros<sup>19</sup>.

Por tanto, en los inicios de la década de los 20 la Antigüedad estaba presente en la cultura histórica vasca no solo como una etapa remota de la historia propia, que generaba visiones diversas y enfrentadas, sino también como un referente estético o literario y como elemento de civilización y progreso. La presencia de este clasicismo en un contexto de bonanza económica y auge cultural coincidió con los éxitos electorales de la Liga de Acción Monárquica primero y con la Dictadura de Primo de Rivera después. Así, como recogería Javier de Ybarra (1913-1977) en su monografía dedicada al desarrollo de la derecha española en Vizcaya, transcurridos algunos años habría quien recordaría con nostalgia aquella época “de esplendor literario e intelectual” con la expresiva exclamación “¡Cuando Bilbao era Atenas!”<sup>20</sup>.

### *3. Luis de Salazar y Gregorio de Balparda, entre la actividad política y la historiografía*

En un contexto de imágenes diversas y debatidas de la Antigüedad, dos representantes de primera fila del monarquismo vizcaíno, Luis de Salazar y Gregorio de Balparda, decidieron volver sus miradas al pasado antiguo como parte de la reacción frente al avance del nacionalismo vasco. Aunque con divergencias importantes en el carácter o estilo de sus obras, también en la repercusión que tuvieron y en muchas de las conclusiones históricas a las que llegaron, ambos se plantearon revisar algunos de los principales debates en torno a la Antigüedad de Vizcaya para contrarrestar el discurso historiográfico iniciado por Sabino Arana. Además, también se fijaron en cuestiones hasta entonces secundarias o inadvertidas en la tradición historiográfica vizcaína y vasca, planteando

---

<sup>18</sup> Luis Angel Agirre Muxika, «Pedro Guimón: una aproximación», *Ondare* 23 (2004), pp. 217-233.

<sup>19</sup> Elene Ortega Gallarzagaitia, «Ramón de Basterra y su imagen de Bilbao», *Bidebarrieta* 8 (2000), pp. 397-408.

<sup>20</sup> Ybarra, *Política nacional*, p. 574.



en ocasiones hipótesis novedosas que translucen algunas de sus convicciones políticas y su valoración del pasado antiguo.

Tanto Salazar como Balparda acudieron a la reunión convocada en el Casino de Archanda en marzo de 1918 y participaron en la fundación de la Liga de Acción Monárquica en enero de 1919, el primero en calidad de líder de los liberales conservadores datistas y el segundo como liberal progresista de la corriente albista, conformando parte de su directorio junto al maurista Ramón Bergé (1881-1947). Para entonces, ambos tenían una considerable carrera política y habían mostrado ya algunas inquietudes culturales e historiográficas. Los éxitos electorales de la coalición monárquica y la visibilidad lograda supusieron un impulso en ambos aspectos, hasta que el golpe de Estado del General Miguel Primo de Rivera, en septiembre de 1923, hizo que ambos abandonaran la Liga Monárquica y la política institucional, críticos con el nuevo régimen dictatorial.

Luis de Salazar Zubia (1858-1936) pertenecía a una familia de gran abolengo desde finales de la Edad Media, propietaria de una extensa biblioteca y archivo familiares que le permitieron confeccionar su principal obra historiográfica, *300 apellidos castellanos y vascongados*, publicada en Bilbao en 1916<sup>21</sup>. Vinculado en lo político, lo económico y lo familiar a los Chávarri, mostró siempre una tendencia liberal conservadora, como parte importante de la burguesía minera e industrial vizcaína a la que pertenecía. Fue varias veces elegido para participar de la Diputación de Vizcaya entre 1905 y 1913, presidiendo la corporación entre 1907 y 1909. En 1914 dio el salto a la política nacional, al ser elegido senador, cargo que revalidó en 1921, ya como miembro de la Liga de Acción Monárquica. Según narra Javier de Ybarra, Salazar fue el segundo en tomar la palabra en la reunión del Casino de Archanda, tras el discurso inicial de Ramón Bergé, para denunciar “la exótica ola de un nacionalismo traducido del catalán, que había envenenado el solar vizcaíno”. Para solucionarlo, alentó “a la organización de una cruzada contra el separatismo” de la que formaran parte “todos los que sintieran latir en sus venas sangre española” bajo un programa condensado en el lema “Por España y por el Rey”<sup>22</sup>.

Su animadversión al nacionalismo vasco y su sentido nacionalismo español se expresaron no solo en su actividad política, sino también en la cultural. En 1919 publicó una original *Historia futura de Vizcaya: fantasía*<sup>23</sup>, en la que imaginaba un futuro cercano en el que Vizcaya habría logrado su independencia, gobernada por los nacionalistas. El texto había visto la luz en el diario *El Nervión* entre el 26 de junio y el 3 de julio de 1919. En un tono crítico e irónico, narraba

---

<sup>21</sup> Luis de Salazar, *300 apellidos castellanos y vascongados* (Bilbao: Emeterio Verdes, 1916). Sobre la biografía de Luis de Salazar, Eduardo Alonso Olea, «Luis de Salazar y Zubia», en Joseba Agirreazkuenaga *et al.* (eds.), *Volúmen III* (Vitoria-Gasteiz: Eusko Legebiltzarra / Parlamento Vasco, 2007), pp. 2107-2116; Pedro José Chacón Delgado, *Nobleza con libertad. Biografía de la derecha vasca* (Bilbao: Axular Atea, 2015), pp. 451-457.

<sup>22</sup> Ybarra, *Política nacional*, pp. 459-460.

<sup>23</sup> Luis de Salazar, *Historia futura de Vizcaya: fantasía* (Bilbao: Tipografía de El Nervión, 1919).

el restablecimiento del Señorío medieval bajo el gobierno absoluto de Jaun Kepa I, la prohibición de las publicaciones en castellano, aunque el euskera escrito fuera incomprensible para la mayoría de vizcaínos, y un gobierno paralizado ante el caos económico y social que sucedería a la independencia, en su imposibilidad de llevar a cabo las principales reivindicaciones del nacionalismo, como la eliminación de las quintas, hasta el punto de provocar una revuelta popular instigada por un revolucionario catalán que terminaría por precipitar a Jaun Kepa I por el balcón del Palacio de la Diputación. La obra, aunque centraba su crítica en los males políticos, económicos y sociales que a su entender provocaría la independencia liderada por el nacionalismo, también atacaba la justificación histórica del proyecto independentista en voz de los pocos personajes que se oponían a ella, defendiendo que Vizcaya fue española a lo largo de toda su historia, dudando de la pureza de la raza de los vizcaínos e ironizando sobre la recuperación de la “milenaria lengua” y una supuesta tradición no contaminada por lo extranjero que era, en realidad, totalmente desconocida, importada o reciente.

Un papel mucho más destacado tuvo la historia, y en concreto la Antigüedad, en los *Pasatiempos históricos* publicados después, probablemente en 1923<sup>24</sup>. Si bien el autor declara que la obra no tiene otro objetivo que “el entretenimiento del escritor”, sin proponer en su introducción mayores aspiraciones que “pasar agradablemente bastante tiempo” barajando algunos libros históricos que tenía a mano para “formar un juicio acerca un hecho histórico, dudoso o discutido”, la obra concluye lamentando el contraste entre el patriotismo francés de los bearneses y el independentismo de algunos vizcaínos: “¿Cómo se explican hechos tan opuestos en dos pueblos que tienen el mismo origen, historia parecida, que tuvieron instituciones tan semejantes, instituciones que corrieron igual suerte? (...) Es triste”<sup>25</sup>. Entre la introducción y las conclusiones revisita diferentes debates recurrentes de la tradición historiográfica vasca para hacer sus aportaciones personales, prestando especial atención a la época antigua: el iberismo, el cantabrisimo, las relaciones de Vizcaya con Roma, con las antiguas Vasconia o Aquitania... haciendo finalmente una breve comparativa con la historia del Bearn, cuyo patriotismo francés admira. Por tanto, aunque no planteó la obra desde una voluntad expresa de confrontar al nacionalismo vasco, tanto sus conclusiones como su desarrollo llevan a interpretarla como expresión de visiones del pasado antiguo que deslegitimarían el relato histórico de los seguidores de Sabino Arana, al desligar un pretendido particularismo histórico remoto de las aspiraciones independentistas defendidas por estos.

En el caso de Gregorio de Balparda (1874-1936), procedía de una familia bien posicionada e influyente en las Encartaciones, lo que le permitió estudiar Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad de Deusto y doctorarse en la Universidad

<sup>24</sup> Luis de Salazar, *Pasatiempos históricos* (Bilbao: Echaguren y Zulaica, s.d.). Aunque no está fechada, *Eusko Bibliografía* la data en 1923. En cualquier caso, sería posterior a 1922, pues menciona la obra de Balparda publicada ese año.

<sup>25</sup> Citas literales en Salazar, *Pasatiempos*, pp. 3-4 y 245.

Central en 1897<sup>26</sup>. Aunque en su tesis de doctorado defendía el regionalismo, desde su primera actividad política en el Ayuntamiento de Bilbao entre 1903 y 1907 hasta su asesinato en 1936 se mostró como un defensor a ultranza de la unidad de España, acérrimo enemigo de todo separatismo e incluso del regionalismo y de los proyectos autonomistas, además de como liberal demócrata, monárquico y católico anticlerical. La particularidad política de Balparda, así como su temperamento impulsivo, hicieron de él un personaje a menudo polémico, aunque también reconocido. Su participación en la Liga de Acción Monárquica le permitió dar el salto a la política nacional, al ser elegido en sucesivas ocasiones como representante del distrito de Balmaseda en el Congreso de los Diputados entre 1919 y 1923.

Siguiendo el análisis de Iñaki Iriarte<sup>27</sup>, los discursos, las conferencias o las publicaciones de Balparda tenían todas un aire familiar, pareciendo partes complementarias de una misma obra, pues expresaban las mismas preocupaciones, críticas y argumentos, especialmente, el rechazo al nacionalismo vasco y su defensa del Estado nacional, identificado con España. Si bien el nacionalismo vasco estuvo siempre en el centro de sus críticas, su preocupación iba más allá del movimiento político particular radicado en Vizcaya, al verlo como parte de una amenaza más global a la nación y al Estado, que concebía como únicos garantes del progreso y la libertad de los ciudadanos. También criticó al nacionalismo por su clericalismo, interpretándolo como evolución del carlismo, siendo ambos movimientos políticos contrarios al Estado democrático por la preponderancia que otorgarían a la Iglesia en los asuntos públicos. Pero, además, la crítica al nacionalismo vasco en particular, y al vasquismo en general, fue de índole histórica. No solo reprobaba que el nacionalismo vasco reclamara de manera más o menos explícita la independencia del País Vasco como consecuencia necesaria de su historia, sino que, como intentaría demostrar en sus trabajos históricos, ponía en duda la existencia de dicha región y su particularismo, así como la participación de los vizcaínos en la comunidad vasca. Para Balparda, Sabino Arana y los nacionalistas vascos, inspirados en los románticos del XIX, habrían inventado un pasado y una foralidad falaces, tergiversados para favorecer su proyecto político y creando todo un universo cultural, una “cultura del campanario”, caracterizada por la mediocridad, el localismo y la falsedad, con el objetivo de sobredimensionar “el perro del hecho diferencial”<sup>28</sup>. La historia de Vizcaya únicamente podía entenderse como parte de la historia de Castilla. Sin embargo, la propaganda nacionalista habría logrado que esta versión fraudulenta de la historia fuera asumida por parte importante de la población vizcaína.

---

<sup>26</sup> Sobre la Biografía de Gregorio de Balparda, Javier Cangas de Icaza, *Gregorio de Balparda: forja y destino de un liberal* (Bilbao: Laida, 1990); Chacón, *Nobleza con libertad*, pp. 505-521.

<sup>27</sup> Iñaki Iriarte, «Estudio preliminar» en Ídem (ed.), *Gregorio de Balparda. Escritos políticos* (Vitoria-Gasteiz: Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea), pp. 9-86.

<sup>28</sup> Citas literales en Iriarte, «Estudio preliminar», p. 66.

Como consecuencia, parte importante de la actividad política e historiográfica de Balparda tuvieron como objetivo contrarrestar las visiones del pasado y de los fueros difundidas por el nacionalismo vasco y el regionalismo vasquista. Así se aprecia en algunas páginas de la obra *Errores del nacionalismo vasco*, colección de artículos y conferencias datados entre 1908 y 1913, publicada en 1918, como respuesta al auge social y electoral de los nacionalistas vascos en Vizcaya<sup>29</sup>. Poco después, y con la misma intención, iniciaría el que fue su proyecto historiográfico más ambicioso, la *Historia crítica de Vizcaya y sus fueros*. Como presentaba en la introducción del primer libro de la obra, firmado en julio de 1922, su intención era “limpiar, fijar y dar esplendor a la verdad” para contrarrestar “la historia vasca de Vizcaya hoy en circulación”, que estaba “produciendo entre los vizcaínos estragos” y en la que se había “emboscado en nuestros tiempos el nacionalismo anti-español”. Y aunque el grueso de su obra iba a tratar sobre el periodo transcurrido entre el comienzo de la Reconquista y la promulgación de la Constitución vigente en su momento, veía “imprescindible” comenzar con un libro preliminar dedicado a las épocas anteriores “si esta Historia ha de ser cosa distinta de las Historias vascas de Vizcaya que se conspira para imponernos como ciencia oficial”<sup>30</sup>.

Así, Balparda abordó con profundidad el pasado antiguo de Vizcaya en el que sería el libro primero de su *Historia crítica de Vizcaya y sus fueros*, publicado en Madrid en 1922, que contenía también los capítulos referentes al dominio visigodo y la conquista musulmana<sup>31</sup>. Previamente había disertado sobre el tema en un ciclo de conferencias pronunciadas en el Círculo de Bellas Artes y Ateneo de Bilbao entre febrero y marzo de 1921, dedicando la primera del 5 de febrero a la época antigua en una velada que, según recoge la reseña publicada en el diario *El Pueblo Vasco*, fue concurrida y congregó a personalidades de distinto color político<sup>32</sup>. Los capítulos dedicados a la Antigüedad se volvieron a publicar, además, en el primer tomo que fue llevado a la imprenta en 1924, conteniendo el primer libro, ahora titulado como “La dominación extranjera”, y el segundo, bajo el título de “La Reconquista cantábrica”. Significativamente, este tomo abría con una dedicación a Luis de Salazar y Ramón Bergé, “y, en ellos, a todos los buenos vizcaínos que (...) supieron restaurar en esta tierra su secular sentido nacional, momentáneamente eclipsado”<sup>33</sup>. Un tercer tomo vería la luz en Bilbao

<sup>29</sup> Gregorio de Balparda, *Errores del nacionalismo vasco*. Colección de artículos y conferencias (Madrid: Imprenta de Juan Pueyo, 1918).

<sup>30</sup> Gregorio de Balparda, *Historia crítica de Vizcaya y sus fueros. Libro primero* (Madrid: Artes de la Ilustración, 1922).

<sup>31</sup> No fue la primera vez que prestó atención a la Antigüedad. En 1911 había publicado en Madrid una obra teatral titulada *Tribunos de la plebe*, cuya trama situaba en la Roma del 133 a.e.c.

<sup>32</sup> «La historia foral de Vizcaya. Curso de lecciones del señor Balparda», *El Pueblo Vasco* 4050 (1921). El diario nacionalista *La Tarde* mencionó brevemente la conferencia el 7 de febrero.

<sup>33</sup> Gregorio de Balparda, *Historia crítica de Vizcaya y sus fueros. Tomo I* (Madrid: Artes de la Ilustración, 1924).

en 1934 y un cuarto sería publicado de manera póstuma en 1945, impulsado por la Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya franquista<sup>34</sup>.

Balparda trató de dar máxima difusión a su obra, especialmente al primer libro, que envió personalmente a figuras relevantes del panorama político e historiográfico español como Víctor Pradera (1873-1936), Rafael Altamira (1866-1951) o Ramón Menéndez Pidal (1869-1968). También la leyó y analizó con detenimiento Pere Bosch Gimpera (1891-1974), por entonces catedrático de Historia de España Antigua y Medieval en la Universidad de Barcelona, quien le dedicó una reseña en la *Revista Internacional de Estudios Vascos*<sup>35</sup>. El catedrático catalán, si bien la describía como “una recopilación hecha con cuidado de todo lo referente a Vizcaya y aun todo el país vasco desde la Prehistoria”, fruto de “un notable esfuerzo de estudio y de recolección de datos”, le achacaba estar escrita “con un fin polémico (...) que hace que el autor fuerce, a pesar de su deseo de ser objetivo e imparcial, los argumentos que están en contra de su tesis”. Así, aunque la erudición de la obra fue reconocida incluso por historiadores nacionalistas como Anacleto de Ortúeta (1877-1959)<sup>36</sup>, se consideró ya desde su tiempo como último eslabón en una larga tradición de historiografía polémica en torno a la cuestión foral que se remonta a inicios de la Modernidad<sup>37</sup>. Sin embargo, aunque su intención polémica inserta a Balparda en esta tradición historiográfica secular, en lo que respecta a la Antigüedad, al menos, trató de extraer conclusiones originales de la lectura y valoración de las fuentes, planteando a veces visiones concordantes con la tradición anterior, pero también alejándose de esta. Creando, por tanto, una visión particular de la Antigüedad, producto tanto de su intencionalidad política como de su acercamiento personal a las fuentes disponibles.

---

<sup>34</sup> Sobre la producción historiográfica de Balparda, Cangas, *Gregorio de Balparda*, pp. 325-338.

<sup>35</sup> Pere Bosch Gimpera, «Bibliografía», *Revista Internacional de Estudios Vascos* 14 (1923), pp. 698-701.

<sup>36</sup> Anacleto de Ortúeta, *Vasconia y el Imperio de Toledo* (Barcelona: Dr. Grau, 1935), pp. 102-156.

<sup>37</sup> En palabras de Julio Caro Baroja, esta tradición historiográfica se había destacado por escribirse *ad probandum* desde Lope García de Salazar, ilustre ancestro de Luis de Salazar, hasta, precisamente, Gregorio de Balparda. Julio Caro Baroja, *Los vascos* (Madrid: Istmo, 1971, 3ª edición), p. 68 (en nota). Un análisis ya clásico de esta tradición historiográfica en Andrés de Mañaricúa, *Historiografía de Vizcaya desde Lope García de Salazar a Labayru* (Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca, 1971).

#### 4. Debates sobre la Antigüedad vasca en las obras de Luis de Salazar y Gregorio de Balparda

##### 4.1. La cuestión de los orígenes

Tanto Salazar como Balparda abordaron en sus obras los momentos más remotos del pasado para preguntarse por el origen de los vascos, una cuestión ampliamente debatida desde los orígenes de la Modernidad y que, al menos durante la última centuria, había atraído también la atención de la academia europea. Desde el Renacimiento, las historiografías hispánicas, en la búsqueda de referentes de prestigio, combinaron la tradición bíblica y las fuentes grecolatinas para identificar a los españoles con las primeras poblaciones de la Península Ibérica. Estas serían descendientes del patriarca bíblico Túbal y habrían poblado toda la Península antes de sufrir diversas invasiones de pueblos extranjeros: fenicios, griegos, romanos, godos, musulmanes... Solo el norte montañoso se habría mantenido libre de estas influencias y dominaciones, como lo acreditaría la existencia de la lengua vasca o euskera<sup>38</sup>. Los historiadores de los territorios vascos pronto hicieron suyo este relato, presentándose como los descendientes más directos de Túbal y los primeros españoles y defendiendo la universalidad del euskera como lengua originaria de España<sup>39</sup>.

Durante buena parte del siglo XIX esta visión se mantuvo vigente, casi de manera unánime, tanto en los territorios vascos como entre los académicos españoles y europeos. Defendida por los apologetas de la lengua vasca de inicios del XIX, fue popularizada en Europa a través de la obra del erudito prusiano Wilhelm von Humboldt (1767-1835), que creyó confirmar la primogenitura y universalidad de la lengua vasca en la Península Ibérica mediante el análisis de los topónimos antiguos, vinculándola a los iberos mencionados en las fuentes clásicas<sup>40</sup>. Consagrados en Europa como ancestros de los vascos, los iberos regresaron al primer plano en historiografía y literatura vascas en los años 70, un

<sup>38</sup> Mateo Ballester Rodríguez, «La estirpe de Tubal: Relato bíblico e identidad nacional en España», *Historia y Política* 29 (2013), pp. 219-246; Ricardo García Cárcel, *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España* (Barcelona: Galaxia Gutenberg & Círculo de Lectores, 2011), pp. 134-150; Fernando Wulff Alonso, *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)* (Barcelona: Crítica, 2003).

<sup>39</sup> Julio Caro Baroja, *Los vascos y la historia a través de Garibay* (San Sebastián: Txertoa, 1972), pp. 173-185; Antonio Tovar, *Mitología e ideología de la lengua vasca* (Madrid: Alianza, 1980); Esteban Anchustegui Igartua, «El universo identitario de Esteban de Garibay y Zamalloa», *Ingenium* 5 (2011), pp. 29-53.

<sup>40</sup> Susana Pastor Cesteros, «Humboldt, Schuchardt y Menéndez Pidal: tres momentos del vascoiberismo», en Milka Villayandre (ed.), *Actas del V Congreso de Lingüística General*, vol. 3 (León: Arco Libros, 2004), pp. 2211-2224; Koldo Larrañaga, «W. von Humboldt y el proceso de definición de Euskal Herria como sujeto del discurso historiográfico», *RIEV* 41.2 (1996), pp. 477-510.

momento de cuestionamiento de la foralidad en la que el iberismo sirvió para reivindicar al tiempo la españolidad originaria de los vascos como su singularidad, aspectos fundamentales en el discurso del doble patriotismo fuerista<sup>41</sup>. Además, la apertura cultural conocida en España a partir del Sexenio Revolucionario propició la profundización de la Historia, con la aparición de la Prehistoria, así como de las ciencias racialistas ligadas a la Lingüística y la Antropología física, que complejizaron y diversificaron los debates sobre los orígenes de los vascos, cuestión que se había convertido para entonces en un enigma científico que suscitaba interés tanto a nivel regional como internacional<sup>42</sup>.

Desde sus primeras publicaciones en la prensa bilbaína, Sabino Arana (1865-1903), fundador del Partido Nacionalista Vasco, defendió una postura particular respecto a la cuestión de los orígenes de los vascos. Estos pertenecerían a una raza aislada de origen desconocido, sin parentesco con el resto de las razas de la Península Ibérica o Europa, radicalmente diferenciada de la española. Además, esta no podía ser origen de los españoles, pues habría poblado amplias zonas de Europa en tiempos remotos<sup>43</sup>. En consonancia con estas ideas, criticó duramente la posible filiación entre vascos e iberos en sus trabajos de índole más erudita, considerándola una opinión “fantástica, ridícula e hija únicamente de la inventiva”. Para Arana, el iberismo únicamente se explicaba desde el “afán” de algunos tratadistas por “demostrar que los euskerianos son los verdaderos españoles, porque su raza fue aborigen de esta península”<sup>44</sup>.

La base racial de la nacionalidad vasca, su radical diferencia respecto a la española y la oposición al iberismo defendidos por Arana se convirtieron en la visión de los orígenes hegemónica entre los primeros nacionalistas vascos, con contadas excepciones como la del navarro Arturo Campión (1854-1937)<sup>45</sup>. Así lo muestran algunos doctrinarios nacionalistas de inicios del siglo XX o el libro *Raza, Lengua y Nación Vascas* de Luis de Eleizalde (1878-1923), un claro alegato contra el iberismo, que consideraba el único argumento para la “inclusión de los euskadianos en la familia racial española” y rebatía defendiendo que los iberos serían una denominación “puramente geográfica”, no étnica o racial<sup>46</sup>. El antropólogo alavés Enrique Eguren (1888-1944), de adscripción nacionalista, iba más allá en su tesis doctoral publicada en 1914, proponiendo abandonar el apelativo “ibero”, de carácter geográfico, por el de “vasco”, que sería el propiamente racial, para hablar del grupo étnico autóctono que habría poblado

---

<sup>41</sup> Pérez Mostazo, *Lustrando las raíces*, pp. 254-257.

<sup>42</sup> Joseba Zulaika, *Del Cromañón al Carnaval. Los vascos como museo etnográfico* (Donostia-San Sebastián: Erein, 1996), pp. 47-82.

<sup>43</sup> Pérez Mostazo, «La Antigüedad y los orígenes»; Wulff, «Nacionalismo, Historia, Historia Antigua».

<sup>44</sup> Citas literales en Sabino Arana, *Pliegos histórico-políticos I* (Bilbao: Astuy, 1888) y *Leciones de ortografía del euskera bizkaino* (Bilbao: Sebastián de Amorrortu, 1896).

<sup>45</sup> Pérez Mostazo, «La Antigüedad en la cultura histórica», pp. 286-295; «La Antigüedad alternativa», pp. 168-171.

<sup>46</sup> Luis de Eleizalde, *Raza, lengua y nación vascas* (Bilbao: Ellexpuru Hermano, 1911).

amplias regiones de Europa e incluso el norte de África<sup>47</sup>. Sin embargo, a inicios del siglo XX el debate sobre el iberismo de los vascos estaba lejos de aclararse<sup>48</sup>, lo que había propiciado que algunos críticos del nacionalismo vasco recurrieran a la pretendida ascendencia ibera de los vascos para deslegitimar al movimiento político iniciado por Arana<sup>49</sup>.

Al acercarse a los orígenes más remotos de los vizcaínos, tanto Salazar como Balparda plantearon visiones alternativas a la defendida por el nacionalismo vasco. Sin embargo, mostraron también elementos novedosos respecto a la tradición iberista anterior. Más apegado a la visión tradicional, Salazar consideraba que los iberos eran los primeros pobladores de la Península Ibérica y otras regiones de Europa, y que serían tanto ancestros de los vascos como del resto de españoles, también de los pobladores del sur de Francia<sup>50</sup>. Basado en algunos pasajes de César y Estrabón y en diversos historiadores franceses<sup>51</sup>, destacaba la filiación ibérica de los antiguos aquitanos, una hipótesis muy extendida durante el siglo XIX en Francia y defendida en el momento por algunos historiadores como el catalán Pere Bosch Gimpera, pero que no había recibido tanta atención desde la historiografía vizcaína<sup>52</sup>. Además, rechazaba la pureza en la ascendencia ibera, barajando “infiltraciones” celtas o ligures y “mezcla de sangres”. Consideraba también que era imposible definir una raza vasca a partir de ciertas particularidades, pues supondría multiplicar el número de razas humanas exponencialmente, dada la diversidad existente dentro de los propios vascos.

<sup>47</sup> Enrique de Eguren, *Estudio antropológico del pueblo vasco. La prehistoria en Álava* (Bilbao: Ellexpuru Hermanos, 1914).

<sup>48</sup> Un estado de la cuestión coetáneo en Julio de Urquijo, «Les études basques : leur passé, leur état présent et leur avenir», *RIEV* 5 (1911), pp. 560-580.

<sup>49</sup> Por ejemplo, Emilio Huguet del Villar, «El castellano y el vascuence», *Nuevo Mundo* 789 (1909), p. 7; Fernando de Antón del Olmet, «Los vascos. Sus orígenes, según la etnología y la lingüística», *Por Esos Mundos* 12 (192) (1911), pp. 68-80; «El nacionalismo vasco y el origen de la raza vascongada», *El Debate* 2 (138) (1911), pp. 133-138.

<sup>50</sup> Aborda el tema en los capítulos “Iberos” y “Aquitania ibérica”: Salazar, *Pasatiempos*, pp. 9-49; 167-177.

<sup>51</sup> Caes. *Gal.* III, 23, 3-6; Str. IV, 2, 1. Entre los historiadores franceses mencionaba a Pierre Marca (1594-1662), Émile Gavet (1830-194), Achille Luchaire (1846-1908), Gabriel Hanotaux (1853-1944), René Collignon (1856-1932) y Louis Puech (publicó su obra en 1914).

<sup>52</sup> Jonatan Pérez Mostazo, «Los vascos, ¿no datamos? Antigüedad y debates sobre los orígenes entre los vascos del norte de los Pirineos (siglos XVI-XIX)», en Antonio Duplá y Jonatan Pérez Mostazo (eds.), *Recepciones de la antigüedad vasca y aquitana. De la historiografía a las redes sociales (siglos XV-XXI)* (Vitoria-Gasteiz: Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea), pp. 27-50; Jordi Cortadella, «Cuando los aquitanos eran iberos: las aportaciones de la Escuela de Barcelona a la etnología vasca», en Antonio Duplá y Jonatan Pérez Mostazo (eds.), *Recepciones de la antigüedad vasca y aquitana. De la historiografía a las redes sociales (siglos XV-XXI)* (Vitoria-Gasteiz: Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea), pp. 117-133.



Sin embargo, la aportación más original de Salazar no trataba tanto de responder al discurso del nacionalismo como de escudriñar el origen último de los iberos, encontrando una respuesta que los conectaban con el origen de la civilización. Y es que, para el conservador vizcaíno, los iberos solo podían provenir de Mesopotamia, concretamente la región de Babilonia o Caldea. Consultando bibliografía sobre las recientes investigaciones de arqueólogos europeos en la zona, había creído identificar elementos que ligaban a las antiguas culturas del territorio con costumbres y creencias que Estrabón habría asignado a los pueblos del norte de la Península Ibérica en general o a los cántabros en particular<sup>53</sup>. Rasgos que provenían de culturas tanto semíticas como no semíticas, por lo que los iberos habrían sido resultado de la mezcla de razas en la región en una época anterior a la invención de la escritura. Así, entre “los más remotos abuelos de los vascongados” se encontrarían tanto el pueblo que “inició la civilización en el mundo e inventó la escritura” como el que “conservó alguna parte de la primera verdad religiosa que conoció la humanidad”. Ancestros a los que la humanidad debía el “progreso material (...) y el moral”<sup>54</sup>.

En el caso de Gregorio de Balparda, se mostraba como un defensor menos decidido de la ascendencia ibera de los vascos<sup>55</sup>. Haciéndose eco de las menciones de las fuentes clásicas y de los debates de su tiempo, no descartaba otras ancestrías junto a la ibera, como la celta, la ligur o la turania. Sin embargo, defendía con rotundidad que en las épocas más remotas la lengua antecesora del euskera y el pueblo que la hablaba se habrían extendido por toda la Península Ibérica, especulando sobre una posible relación con las pinturas rupestres magdalenienenses o los monumentos megalíticos. Además, consideraba a los iberos un colectivo étnico que habría ocupado la Península Ibérica y parte de Francia y juzgaba que el iberismo lingüístico iniciado por Humboldt “no ha dejado de tener ilustres y desapasionados representantes”. Por otro lado, consideraba idea “vulgar e infundada” la existencia de una raza vasca a la que pertenecieran los “vascongados”<sup>56</sup>, subrayando la diversidad de opiniones en cuanto a la caracterización de esta supuesta raza, y criticaba “el criterio excesivamente materialista que últimamente ha apostado el ultratradicionalismo nacionalista” de considerar la raza biológica “la causa eficiente y creadora de las especificidades forales de esta comarca”. Subrayaba también las numerosas similitudes identificadas entre las Provincias

---

<sup>53</sup> Señalaba concretamente las informaciones transmitidas por Estrabón sobre las mujeres cántabras (III, 4, 17), una festividad celebrada los días de luna llena (III, 4, 16) y la existencia de un dios sin nombre entre los galaicos (III, 4, 16). Lo relacionaba con un supuesto predominio femenino y el culto lunar entre los sumerios, así como con un supuesto monoteísmo primitivo entre los pueblos semíticos, según había podido consultar en la *Historia de Babilonia y Asiria* del alemán Fritz Hommel (1854-1936).

<sup>54</sup> Citas literales en Salazar, *Pasatiempos*, pp. 48-49.

<sup>55</sup> Balparda, *Historia crítica*, pp. 1-14.

<sup>56</sup> Término utilizado por Balparda y otros autores de la época para referirse a los pobladores de las provincias de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa.

Vascas y el resto de la Península, por ejemplo, en la aparición de monedas con signario ibérico o en la toponimia, para concluir que:

Todo ello patentiza la impropiedad en la calificación de *vascas* de aquella civilización y aquella lengua que no eran exclusivas de una región, sino generales de toda España, y que por eso, si no se quiere llamarlas *iberas*, han de llamarse españolas.

#### 4.2. Buscando a los ancestros de los vizcaínos

Una vez definidos los orígenes de los vascos, tanto Salazar como Balparda intentaron responder al secular debate sobre cuál de los grupos de población mencionados en la época de la conquista romana era el que representaba a los antiguos vizcaínos. Desde al menos finales del siglo XV hasta bien entrado el XIX la erudición y la historiografía provincial habían defendido de manera casi unánime el cantabrismo de los vascos en general y de los vizcaínos en particular<sup>57</sup>. La imagen de los cántabros transmitida por las fuentes clásicas, influida por los tópicos de la barbarie occidental y la propaganda augustea<sup>58</sup>, fue releída en clave heroica para crear unos ancestros prestigiosos, reivindicados no solo por los vascos, sino también por los habitantes de las provincias de Santander, Asturias, Burgos o Logroño. Así, desde los primeros siglos de la Modernidad, el referente cántabro se constituyó en elemento clave en una incipiente identidad etnorregional vasca, extendiéndose incluso al Norte de los Pirineos<sup>59</sup>, referente que siguió muy presente en el discurso provincial foral durante los siglos XVIII y XIX, incluso tras la profunda crítica realizada desde la *España Sagrada* del agustino Enrique Flórez (1702-1773)<sup>60</sup>. El fuerismo decimonónico siguió reivindicando una identidad entre antiguos cántabros y vascos modernos hasta al menos los años 70, cuando las teorías racialistas comenzaron a diferenciar unos cántabros de origen celta, y por tanto foráneos, y unos vascones de ascendencia ibera, y por tanto primigenia. Así, durante las últimas décadas del siglo XIX, los vascones, antes interpretados como parte de los cántabros y ancestros

<sup>57</sup> Antonio Duplá Ansuategui y Amalia Emborujó Salgado, «El vascocantabrismo: mito y realidad en la historiografía sobre el País Vasco en la Antigüedad» en Javier Arce y Ricardo Olmos (eds.), *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)* (Madrid: Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, 1991), pp. 107-111.

<sup>58</sup> David Griffiths, *Augustus and the Roman provinces of Iberia*. Tesis doctoral (University of Liverpool, Liverpool, 2013), pp. 6-39; Miguel Ángel Marcos, «Un enfoque crítico sobre los textos antiguos de la Cantabria romana», *Studia Historica. Historia Antigua* 6 (1988), pp. 81-96.

<sup>59</sup> Larrañaga, «W. von Humboldt».

<sup>60</sup> Sobre el debate historiográfico sobre los límites de Cantabria, Jonatan Pérez Mostazo, «Revisitando una controversia secular en la historiografía vasca: la recepción de los textos clásicos en el debate sobre los límites de la antigua Cantabria», *Heródoto* 9.1 (2024), pp. 27-51; Duplá y Emborujó, «El vascocantabrismo».

particulares de los navarros, comenzaron a verse como ancestros de todos los vascos, también en la historiografía vizcaína de sensibilidad vasquista, como ejemplifican las obras de Arístides Artiñano (1840-1911) y, sobre todo, Estanislao Jaime de Labayru<sup>61</sup>.

Aunque cada vez más ausentes en el discurso historiográfico, los cántabros siguieron presentes en la literatura generada durante el auge cultural vasquista que surgió como reacción a la abolición foral de 1876-1878. Partícipe de este ambiente cultural, un joven Sabino Arana vio en los cántabros opuestos a Roma los ancestros de los vascos, garantes de su pretendida independencia a lo largo de los siglos, dedicándoles, por ejemplo, un poema titulado *Kantauritarrak*. Sin embargo, pronto abandonó el referente cántabro, defendiendo en las páginas de su periódico *Bizkaitarra* (1893-1895) que los vizcaínos no habrían luchado contra las tropas de Augusto, sino que se habrían mantenido fuera del yugo latino por desinterés de los romanos en la conquista. Como desarrollaría en sus textos de pretensiones etimológicas, los vascos de la Antigüedad se habrían denominado mediante su nombre vernáculo, “eusko” o “euzko”, malinterpretado por los oídos romanos como “vasco”, dejando ver una posible conexión con los vascones antiguos<sup>62</sup>.

También Teófilo Guiard (1876-1945), uno de los primeros historiadores de adscripción nacionalista, rechazaba la idea de unos antiguos vizcaínos opuestos heroicamente a las tropas de Augusto para defender su libertad, mientras que un joven Isaac López Mendizábal (1879-1977), futuro referente historiográfico del nacionalismo vasco en el exilio, repasaba la secular controversia cantabrista para concluir que los habitantes de las Provincias Vascas no descendían de los antiguos cántabros, sino de los autrigones, caristios y várdulos<sup>63</sup>. La consolidación del rechazo al cantabrismo entre los nacionalistas vascos quedaría patente, por ejemplo, en diversas obras de teatro ambientadas en la Antigüedad que, tomando referentes del fuerismo decimonónico, eliminaron el referente cántabro. Así, los vascones servirían de nuevo referente antiguo para los vascos, integrando a menudo a autrigones, caristios y várdulos, como mostraría su claro predominio en la historiografía nacionalista vasca desarrollada durante la II República<sup>64</sup>.

---

<sup>61</sup> Pérez Mostazo, *Lustrando las raíces*, pp. 247-262; Arístides Artiñano, *El Señorío de Bizcaya, histórico y foral* (Barcelona: Mariol y López, 1885); Estanislao Jaime Labayru, *Historia general del Señorío de Bizcaya. Tomo I* (Bilbao: Editorial La Propaganda, 1895).

<sup>62</sup> Pérez Mostazo, «La Antigüedad y los orígenes»; Wulff, «Nacionalismo, Historia, Historia Antigua».

<sup>63</sup> Teófilo Guiard, «Los vascos de los historiadores griegos y romanos y los vascos reales» *El Correo Vasco* 37; 44; 51; 53 (1899); Isaac López Mendizábal, *Cantabria y la Guerra Cantábrica como medio de averiguar el estado en que se encontraban las actuales provincias vascongadas en tiempo de Augusto* (Tolosa: E. López, 1899).

<sup>64</sup> Pérez Mostazo, «La Antigüedad en la cultura histórica», pp. 295-300; «La Antigüedad alternativa», pp. 166-167.

En el caso de Salazar y Balparda, ambas obras pueden considerarse como manifestaciones tardías de las teorías cantabristas, aunque desde posturas matizadas que los alejan de la radicalidad de siglos anteriores. En el caso del primero<sup>65</sup>, apostaba por la existencia de dos regiones homónimas coetáneas en la Antigüedad: por un lado, una “Gran Cantabria” extendida por el norte de España a excepción de Galicia, con identidad de costumbres, aunque quizás diversa en lo racial y lo lingüístico; por otro lado, una “pequeña Cantabria” restringida a la provincia de Santander, protagonista junto a los astures de la guerra contra Roma durante los primeros años del gobierno de Augusto. Los ancestros de los vizcaínos, concretamente caristios y várdulos, se localizarían dentro de la “Gran Cantabria”, como lo harían también los autrigones, ancestros exclusivos de los encartados. Más adelante en su obra, al abordar la historia de Aquitania<sup>66</sup>, subrayaba el parentesco tanto racial como lingüístico que existiría entre los antiguos pobladores de Vizcaya (caristios y várdulos), Navarra (vascones) y el País Vasco-francés y Bearn (aquitano), todos de ascendencia y lengua ibéricas. Unos territorios que en época tardoantigua habrían pasado a denominarse “Vasconias”, según Salazar, por la adscripción étnica de sus dos sedes episcopales principales, Pamplona y Calahorra, al sur del Pirineo y por emulación de sus “hermanos de raza” en el caso del norte de la cadena montañosa, pero en ningún caso por conquista o por sustitución racial, como a veces se había propuesto<sup>67</sup>.

En el caso de Balparda, la identificación de la ascendencia de los vizcaínos en la Antigüedad resultaba un elemento clave de su visión histórica, que justificaba por sí sola la inclusión de la época antigua en una obra dedicada a analizar la historia foral de Vizcaya. Y es que, como establecía en la introducción a su primer libro de la *Historia crítica de Vizcaya y sus fueros*, tratar los tiempos anteriores al establecimiento del Señorío era imprescindible si quería rebatir “la historia vasca de Vizcaya hoy en circulación”. Esto es, las historias que encontraban en los antiguos vascones y sus sucesores tardoantiguos los ancestros de los vizcaínos. Balparda, por el contrario, defendía que la historia de Vizcaya había estado siempre ligada a la de Castilla, siendo los vascongados de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa descendientes de cántabros, autrigones, caristios y várdulos, no vascos de ascendencia vascona como los navarros y parte de los aragoneses:

Los Vascos o Vascones, de los cuales debemos especialmente ocuparnos para desvanecer la confusión que temerarias hipótesis han introducido en la nomenclatura de los pobladores de esta región, pertenecían en época romana (...) a una región geográfica e histórica perfectamente deslindada de la vascongada<sup>68</sup>.

---

<sup>65</sup> Salazar, *Pasatiempos*, pp. 53-96.

<sup>66</sup> Salazar, *Pasatiempos*, pp. 165-204.

<sup>67</sup> Es la conocida como hipótesis de la “vasconización tardía”, iniciada en el siglo XVII por el erudito suletino Arnaud d’Oihenart. Koldo Larranaga, «Oihenart y el tema de los orígenes vascos», *Vasconia* 24 (1996), pp. 115-143.

<sup>68</sup> Balparda, *Historia crítica*, p. 32.

Así pues, Balparda dedicó parte del capítulo III a delimitar el territorio de los vascones antiguos, su adscripción conventual en época romana, su proceso de conquista y su “rápida y profunda” romanización para mostrar que “el modo de ser de los Vascones y su historia eran (...) perfectamente distintos a los del litoral del Norte de España”<sup>69</sup>. Los ancestros de los vascongados, por el contrario, se encontrarían entre los pueblos montañoses del norte atlántico descritos por Estrabón en el libro III de su *Geografía*, texto al que acudía para reconstruir sus instituciones, la alimentación, la vestimenta, la religión, las costumbres o su belicosidad<sup>70</sup>. Una vez establecida la diferencia entre ambas áreas, también trataba de dar respuesta al secular debate sobre el cantabrismo de Vizcaya. Destacando las variaciones que se habrían producido a lo largo del tiempo, consideraba que Estrabón incluía el territorio vascongado en sus menciones genéricas a Cantabria, mientras que los geógrafos posteriores lo irían individualizando bajo los nombres de “Vardulia” o “Autrigonia”. Sin embargo, puntualizaba que para los historiadores antiguos que narraron la conquista romana, “Vardulia” o “Autrigonia” estaban ausentes del relato, por lo que Vizcaya se encontraría incluida en las menciones a Cantabria<sup>71</sup>.

Además, del análisis de pasajes de los textos geográficos de Mela, Plinio o Ptolomeo, que reproducía extensamente a pie de página, intentó establecer las divisiones entre las poblaciones antiguas de la región en época imperial: las Encartaciones habrían pertenecido a la Cantabria propiamente dicha, pues los autrigones serían los mismos que los cántabros coniscos, y por tanto celtas, mientras que el resto del territorio “vascongado” se repartiría entre caristios y várdulos, con una pequeña presencia vascona en el entorno del Bidasoa. El texto se completaba mediante un mapa bajo el título “La región del norte de España durante la dominación romana”<sup>72</sup>. Con esta división, Balparda innovaba respecto a mapas anteriores, como el confeccionado por el académico Aureliano Fernández Guerra (1816-1894), reproducido en el primer tomo de la *Historia General del Señorío de Vizcaya* de Labayru en 1895: establecía el río *Nerva* citado por Ptolomeo, identificado con el actual Nervión, como límite entre cántabros y autrigones, no entre autrigones y caristios. De esa manera, trasladaba los confines de estos pueblos hacia el oriente, reduciendo considerablemente la

---

<sup>69</sup> Balparda, *Historia crítica*, pp. 32-39.

<sup>70</sup> Recurre especialmente a Str. III, 3, 7. Balparda, *Historia crítica*, pp. 15-24.

<sup>71</sup> Balparda, *Historia crítica*, pp. 41-83. Los términos “Vardulia” o “Autrigonia” tampoco se registran en los textos geográficos de época romana, que mencionan etnónimos y no corónimos para esta área.

<sup>72</sup> Inserto, junto a algunas fotografías, entre las pp. 96 y 97. Tras la confección del mapa lo remitió a algunas amistades, según recoge Cangas, *Gregorio de Balparda*, p. 388, nota 127. Resulta interesante la respuesta de Antonio Arceche: “Querido Gregorio: Muchas gracias por el mapa de que eres autor y has tenido la bondad de enviarme. Me ha producido un poquito de tristeza el ver que en vez de ser vasco, como suponía, resultó [sic] autrigón. ¿No te parece que aunque fuese verdad, sería conveniente no matemos esa ilusión de ser vascos que tan arraigada tenemos en el espíritu?”.

extensión de los caristios y localizando la colonia antigua de *Flaviobriga* en Bilbao, lo que supondría un elemento de prestigio para la ciudad, “ya que ello la inviste de un título histórico más a la capitalidad del Norte de España”<sup>73</sup>.

#### 4.3. Las relaciones con Roma

Otra de las controversias más recurrentes en la tradición historiográfica vasca sobre los tiempos más remotos discurrió sobre la relación que los ancestros antiguos habrían establecido con las potencias colonizadoras y conquistadoras mediterráneas, especialmente con Roma, aspecto al que tanto Salazar como Balparda prestaron también especial atención. Durante siglos, la postura mayoritaria fue la defensa de una independencia originaria que no se habría visto turbada por fenicios, griegos, cartagineses, romanos, godos o musulmanes, al menos en las regiones más montañosas. En el caso del dominio romano, la conservación del euskera, una lengua no latina, se mostraba como prueba irrefutable de la independencia vasca. Las tropas romanas lideradas por Augusto habrían tratado de dominar estas tierras, pero, según mantuvo durante siglos la historiografía local, habrían fracasado, viéndose los romanos forzados a aceptar un pacto que respetaría la libertad de los invictos cántabros. Las crónicas del Renacimiento inventaron incluso tradiciones apócrifas que hablaban de un duelo entre 300 romanos y 300 vascos que se saldaría con la victoria de los últimos y la consiguiente alianza o pacto<sup>74</sup>.

Una de las consecuencias de esta independencia originaria habría sido la constitución de cada una de las provincias vascas como cuerpos políticos autónomos antes de su incorporación a la Corona de Castilla, aspecto subrayado especialmente en el discurso foral provincial del siglo XVIII<sup>75</sup>. Pero también la conservación de unas esencias incontaminadas, como la lengua y la creencia en una divinidad única, legado del patriarca bíblico Túbal, o una serie de costumbres y tradiciones que se sustanciarían en los fueros, los bailes o el folklore, aspectos revalorizados durante las décadas centrales del siglo XIX al calor del Romanticismo<sup>76</sup>. Así, los vascos se presentaron como una excepción al proceso de aculturación romana que habría sucedido en el resto de España, alegando también la ausencia de restos arqueológicos de entidad en su territorio, especialmente en las zonas montañosas septentrionales. Una visión que tanto el

<sup>73</sup> Balparda, *Historia crítica*, p. 58, nota 1. Aunque durante los siglos XVI-XVIII se había propuesto la situación de *Flaviobriga* en Bermeo, Portugalete o Bilbao, la idea general desde al menos 1826 era su localización en el entorno de Castro Urdiales.

<sup>74</sup> Duplá y Emborujó, «El vascocantabrismo».

<sup>75</sup> José María Portillo, *Monarquía y gobierno provincial. Poder y constitución en las Provincias Vascas (1760-1808)* (Madrid: CEPC, 1991), pp. 93-120.

<sup>76</sup> Juan María Sánchez-Prieto, *El imaginario vasco. Representaciones de una conciencia histórica, nacional y política en el escenario europeo 1833-1876* (Barcelona: Ediciones Internacionales Universitarias, 1993).

estudio de los textos clásicos como el avance del conocimiento arqueológico fueron cuestionando desde al menos la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente las regiones más meridionales como la Llanada alavesa<sup>77</sup>.

Por otra parte, la imagen de prestigio asociada a la conservación de la independencia y las esencias primitivas comenzó a resultar más problemática en la década de los 70 del siglo XIX, en un momento de generalización del discurso supremacista europeo basado en la civilización y el progreso. En ese contexto, diversos académicos de escala nacional comenzaron a conceder que los vascos durante época romana, aunque conquistados *de iure*, no habrían sido dominados *de facto* por el aislamiento de su territorio, lo que los habían mantenidos al margen de las corrientes civilizatorias, propiciando, por ejemplo, su tardía cristianización<sup>78</sup>. Una idea que fue respondida desde la historiografía provincial vasca, pero que caló en el imaginario colectivo mediante la literatura, con ejemplos como la célebre novela histórica *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, publicada en 1877 por Francisco Navarro Villoslada (1818-1895)<sup>79</sup>.

En el caso de Sabino Arana, la secular e ininterrumpida independencia de Vizcaya fue una de las ideas centrales de su ideario político. Recogiendo tópicos presentes en la historiografía y la literatura anteriores, reformuló la visión del pasado vizcaíno para defender su secular independencia, solo interrumpida en 1839, con el final de la Primera Guerra Carlista<sup>80</sup>. En sus primeros años justificó esta independencia antigua como una gesta de los heroicos ancestros cántabros, pero pronto se alejó del tópico cantabrista para alegar un desinterés de Roma en la conquista de un territorio montañoso y de escasos recursos<sup>81</sup>. Así, Vizcaya se habría visto libre “del furioso ímpetu de la dominación romana”, manteniéndose “en su primitiva libertad y exenta de extrañas influencias”, mientras España habría sido dominada por cartagineses primero, romanos después, quedando “completamente romanizada”, hasta el punto de “que no se puede decir que fuera ya un pueblo conquistado, sino parte de la nación romana”<sup>82</sup>. Esta Edad de Oro idealizada se habría mantenido en Vizcaya hasta al menos el siglo IX, con la institución del Señorío. Así, el proyecto político de Arana no sería sino recuperar la independencia primitiva y extirpar la influencia extranjera, siendo especialmente

---

<sup>77</sup> Koldo Larrañaga, «Vascocantabrismo y arqueología», *Memorias de Historia Antigua* 19-20 (1998-1999), pp. 111-198; Carlos Ortiz de Urbina, *El desarrollo de la Arqueología en Álava: condicionantes y conquistas (siglos XVIII-XIX)* (Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Álava, 1996).

<sup>78</sup> Pérez Mostazo, *Lustrando las raíces*, pp. 356-357.

<sup>79</sup> Jon Juaristi, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca* (Madrid: Taurus, 1987).

<sup>80</sup> Coro Rubio, «La literatura histórico-legendaria vasca: puente ideológico entre el discurso identitario del fuerismo y el del nacionalismo aranista», *Oihenart* 25 (2010), pp. 281-305; Granja, «La invención de la historia».

<sup>81</sup> Pérez Mostazo, «La Antigüedad y los orígenes».

<sup>82</sup> Citas literales en Sabino Arana, «Fuerismo es separatismo», *Bizkaitarra* 8 (1894); «¿Qué somos?», *Bizkaitarra* 30 (1895).

nocivo el influjo latino, en cuyo contacto todo “degenera y se prostituye”, como probaría “la historia del pueblo romano”<sup>83</sup>.

Siguiendo las líneas establecidas por Arana, los primeros nacionalistas vascos renunciaron a reivindicar una oposición heroica de los ancestros a las tropas romanas. Como ejemplo, Teófilo Guiard denunciaba en 1897 la afición de sus compatriotas a retratar a unos ancestros “sobre riscos inaccesibles (...) aterrando con sus gritos de guerra al Latio” en vez de mostrar un pasado más “prosaico” pero más verídico<sup>84</sup>. Sin embargo, todos ellos concordaban en la no dominación romana. En algunos casos, se siguió alegando la conservación del euskera o la ausencia de restos arqueológicos significativos<sup>85</sup>. Sin embargo, también se buscaron respuestas que armonizaran la pretendida independencia con el cada vez más numeroso patrimonio arqueológico de época antigua, como lo hizo Isaac López Mendizábal en su tesis doctoral publicada en 1899, recuperando la idea del pacto para defender que, en virtud de él, los romanos habrían podido explotar las minas y construir vías para el transporte del mineral mientras los vascos siguieron gozando de su independencia<sup>86</sup>.

Cuando Salazar abordó la temática, centró su atención en analizar críticamente la hipótesis del pacto entre vizcaínos y romanos<sup>87</sup>. Para el político conservador, defender una alianza entre ambos como señal de independencia era desconocer las lógicas y las prácticas del imperialismo romano, pues “la alianza en aquellos tiempos acabó siempre por traducirse en sumisión”. Así, siguiendo la *Histoire des Romains* de Victor Duruy (1811-1894)<sup>88</sup>, intentaba reconstruir los mecanismos de dominación desplegados por el Imperio romano para comprender las implicaciones que tendría una alianza con Roma. Rechazaba la idea de que el Imperio fuera “un gobierno excesivamente centralista y uniforme”, pues más bien se organizaba como “un conglomerado de municipios republicanos sometido a un poder central en cuanto soberanía política y al impuesto, pero no a su administración”. Como consecuencia, Salazar defendía que la conservación de los antiguos usos y costumbres fue general entre las poblaciones sometidas a Roma, fueran aliadas o no. Además, los aliados no podían considerarse independientes, pues debían reconocer la superioridad y el dominio romanos. Así, volviendo a la historia de Vizcaya, consideraba que algunos de sus pobladores pudieron ser aliados de Roma desde al menos los tiempos de Tiberio Sempronio Graco (cos. 177), pues como tal aparecían mencionados los autrigones a

<sup>83</sup> Citas literales en Sabino Arana, «Vocación de esclavos», *Diario de la mañana* 82.

<sup>84</sup> Teófilo Guiard, «La Historia», *Baserritarra* 6 (1897).

<sup>85</sup> Pérez Mostazo, «La Antigüedad alternativa», pp. 163-168; Fernando Wulff, «Vascones, autoctonía, continuidad, lengua: entre la Historia y la Historiografía» en Javier Andreu (ed.), *Los vascones de las fuentes antiguas: en torno a una etnia de la antigüedad peninsular* (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2009), pp. 23-56.

<sup>86</sup> López Mendizábal, *Cantabria y la Guerra Cantábrica*.

<sup>87</sup> Salazar, *Pasatiempos*, pp. 97-147.

<sup>88</sup> Publicada en francés en cinco tomos entre 1878 y 1885.



inicios de las campañas de Augusto contra los cántabros<sup>89</sup>. Sin embargo, en ningún caso sería esto signo de independencia, sino más bien de lo contrario.

En el caso de Balparda, consideraba que, participaran en ella o no, los antiguos pobladores de los territorios vascongados habrían quedado sometidos al dominio de Roma tras la finalización de la guerra cantábrica. Rechazaba por “infantil” la tradición del duelo y pacto entre 300 cántabros y 300 romanos, y consideraba que la conservación del euskera nada probaba, pues durante siglos se habían mantenido en la región dos áreas lingüísticas diferenciadas, la urbana y la rural. Por tanto, aunque celebraba el “bárbaro y denodado amor a la libertad que (...) suscitó la admiración de los romanos y en los tiempos posteriores la del todo el mundo”, recogiendo tanto los textos referentes a la guerra cantábrica como los que magnificaban la belicosidad de los cántabros en la literatura latina, Balparda defendía la indudable sumisión a Roma y su consiguiente influencia<sup>90</sup>. De hecho, el influjo romano habría sido anterior a la conquista formal y especialmente intenso en las regiones periféricas de Cantabria como las ocupada por vacceos, turmogos o autrigones, hasta tal punto que las fuentes los mencionaron como aliados de Roma al inicio de la contienda<sup>91</sup>. Y tampoco habrían sido los romanos los primeros en hacer notar su presencia en el territorio vascongado. Siguiendo una referencia de Estrabón a una pretendida fundación laconia en Cantabria<sup>92</sup>, hablaba de la influencia griega en estas tierras, que habría llegado también a través del río Ebro. Además, siguiendo al erudito agustino Enrique Flórez, especulaba sobre una posible presencia cartaginesa a partir de la interpretación del “ídolo de Mikeldi” de Durango como un elefante que marcaría los límites de la dominación púnica<sup>93</sup>.

Sin embargo, la influencia romana se habría hecho notar especialmente tras la instauración de la “Paz octaviana”, periodo que abordaba en el capítulo VII<sup>94</sup>. Los territorios vascongados se habrían integrado en la administración romana, dependientes de Clunia. Aunque los pobladores habrían podido seguir viviendo según sus leyes, religión y costumbres, por las que Roma tendría “un desdeñoso respeto”, la región habría interesado al Imperio por su importancia en las comunicaciones, como indicaría la vía desde Astorga a Burdeos. Además, en opinión de Balparda, esta solo sería una de las rutas que atravesaría el territorio, tratando de reconstruir el recorrido de otras vías secundarias que discurrirían por Vizcaya a partir de los hallazgos arqueológicos y la orografía del lugar<sup>95</sup>.

---

<sup>89</sup> Flo. *Epit.* II, 33, 8 y Oros. *Hist.* VI, 21, 3.

<sup>90</sup> Balparda, *Historia crítica*, pp. 71-83.

<sup>91</sup> Flo. *Epit.* II, 33, 8 y Oros. *Hist.* VI, 21, 3.

<sup>92</sup> Str. III, 4, 3.

<sup>93</sup> Balparda, *Historia crítica*, pp. 25-30.

<sup>94</sup> Balparda, *Historia crítica*, pp. 85-101.

<sup>95</sup> La reconstrucción de unos de estos trazados fue duramente criticada en el diario nacionalista *Euzkadi* del día 2 de enero de 1923, en el artículo titulado «De cómo Don Gregorio de Balparda sacón una vía romana de la sesera», firmado por el pseudónimo

También recogía las evidencias epigráficas y numismáticas conocidas hasta el momento en territorio vizcaíno y destacaba una vez más la pretendida localización en Bilbao de *Flaviobriga*, una de las pocas colonias romanas en la Península, que habría sido poblada por romanos y organizada de acuerdo con sus leyes. Un dato este último que no dudaba que ofendería “en lo más hondo de sus sentimientos eusquéricos” a algunos de sus paisanos, “saturada Bilbao de una rusticidad vasca que es la negación básica de todo concepto imperial en su pasado y en su misión porvenir”<sup>96</sup>.

Sin embargo, concedía que el saldo del dominio romano no habría sido tan positivo en Vizcaya como en el resto de España. Mientras las demás regiones españolas “entraron plena y definitivamente en la civilización romana (...) incorporándose a los destinos espirituales de Europa”, los vizcaínos obtuvieron del dominio romano “solo (...) la opresión, causándonos a la vez el inmenso daño de dejarnos aislados en el uso exclusivo de un idioma que (...) no podríamos usar en adelante como medio de relación ni como instrumento de cultura y de progreso”. Así, durante el dominio romano, la población indígena no habría dado muestras de “un estado social muy elevado”, siendo inferior incluso que el apreciado en las pinturas rupestres magdalenenses. La “romanización” habría sido únicamente eficaz en los centros urbanos, mientras que “los principios de una civilización ibérica que en la España primitiva pudieran haber existido” prácticamente habrían desaparecido, al permanecer únicamente entre unas poblaciones rurales que no las habrían podido conservar. Una destrucción que habría sido consecuencia de “la falta de unidad y solidaridad” que habría derivado en “el vencimiento y sumisión de España” frente a “la acción ordenada y persistente de un Estado tan fuerte políticamente como la República Romana”. Así, se lamentaba en un mensaje con clara lectura política presente:

¡Audaces para lo pequeño, incapaces para nada grande! ¡Admirable observación del empequeñecimiento que en el ánimo y en la potencialidad espiritual de los pueblos ocasiona un localismo mezquino!<sup>97</sup>

### 5. Conclusiones

Cuando los afectos al monarquismo vizcaíno se conjuraron para combatir electoralmente al nacionalismo vasco, los seguidores de Sabino Arana habían logrado establecer una visión consensuada sobre el pasado antiguo de los vascos, deudora de los escritos del “maestro”. Esta tomaba elementos de la tradición historiográfica anterior, como el particularismo vasco o la secular independencia, para reformularlos en un nuevo relato que justificara el proyecto independentista,

---

Barazar. El mismo autor firmó un nuevo artículo crítico con la obra de Balparda tres días después, titulado «De otro no menos grave desliz de la “Historia” de Balparda».

<sup>96</sup> Cita literal en Balparda, *Historia crítica*, pp. 60 (en nota).

<sup>97</sup> Citas literales en Balparda, *Historia crítica*, pp. 100-101.

negando el doble patriotismo y reivindicando una neta separación racial, histórica y moral de España. Es por ello que figuras importantes del monarquismo vizcaíno vieron imprescindible responder a este relato histórico, en un contexto de imágenes diversas y debatidas sobre el pasado, también sobre la Antigüedad. Sin embargo, vieron insuficiente o inadecuado reivindicar la visión del pasado antiguo formulada por los fueristas del XIX, que el nacionalismo había combatido y reformulado. El nuevo contexto hacía necesarias nuevas aproximaciones al pasado con las que poder plantear relatos históricos alternativos al nacionalista vasco, que justificaran la españolidad de los vizcaínos combinando antiguos y nuevos mimbres.

En cualquier caso, la respuesta historiográfica al nacionalismo protagonizada por los monárquicos Luis de Salazar y Gregorio de Balparda no fue unívoca, sino producto de aproximaciones y pretensiones diferentes. En el caso del político conservador, planteó una obra en la que la Antigüedad tenía gran protagonismo, de carácter aparentemente más lúdico y con un lenguaje menos confrontativo con el nacionalismo. En cuanto al liberal progresista, se propuso una obra que abarcara la historia general de Vizcaya y sus fueros desde los orígenes, de pretensiones más eruditas, sustentada sobre una exhaustiva labor de recopilación y análisis de la documentación disponible, pero también más manifiestamente combativa con el nacionalismo vasco.

Además, ambas obras mostraron estrategias discursivas diferentes para hacer frente al fundamento histórico del nacionalismo vasco. Para Balparda, el objetivo era desmontar la “historia vasca” de Vizcaya, aquella que reivindicaba una particularidad originaria heredera del pasado vascón, en la que estarían insertos los vizcaínos; una perspectiva reivindicada por el nacionalismo vasco, pero también por parte del fuerismo anterior. Así, Balparda encontraba en la Antigüedad los argumentos para oponerse a una comunidad originaria entre vascos y “vascongados”, para defender que el pasado de Vizcaya no era sino parte de la historia de Castilla. Si Arana y sus seguidores quisieron buscar en los tiempos remotos las pruebas de la separación radical entre lo vasco y lo español, Balparda hizo lo propio para escindir el pasado vascón del “vascongado”, protagonizado este último por los descendientes de cántabros, autrigones, caristios y várdulos. Sin embargo, algunos de sus pasajes no dejaron de reflejar cierto particularismo vizcaíno en la Antigüedad, al aludir a una menor influencia de Roma, aunque valorada de manera negativa. En cuanto a Salazar, más cercano a la tradición historiográfica anterior, no negaba la particularidad ni el carácter vasco de la historia de Vizcaya. De hecho, encontró su principal argumento contra el nacionalismo vasco en la pertenencia de los vizcaínos a una comunidad lingüística y étnica que los unía con vascones y aquitanos. Y es que, para el monárquico conservador, la particularidad histórica no podía ser argumento para el independentismo, como lo mostraría el ejemplo de los bearneses, protagonistas de una historia a veces compartida y a veces paralela a la de Vizcaya, pero que no era óbice para su patriotismo francés.

Sin embargo, a pesar de las notorias diferencias, ambos autores mostraron también significativas similitudes. Aunque alejados ya de la defensa cerrada de otros momentos, tanto Salazar como Balparda se inclinaron hacia la validez de dos ideas fundamentales en la tradición historiográfica anterior, que el nacionalismo había rechazado: el iberismo y el cantabrismo de los vascos. Respecto al origen de los vizcaínos, ambos defendieron la inexistencia de una raza vasca, fundamento de la nacionalidad para Arana, así como la comunidad de origen entre antiguos vizcaínos y el resto de españoles, que compartirían el ascendente ibero, siendo este de carácter étnico y no meramente geográfico, como se había defendido desde las líneas del nacionalismo vasco. En cuanto al referente cántabro, ambos aceptaron la inclusión de los vizcaínos en una acepción general de Cantabria, aunque con matices. Para Salazar, la “Gran Cantabria” de la que formarían parte los vizcaínos estaría unida por una comunidad de costumbres, mientras que, en lo lingüístico y lo racial, los ancestros de los vizcaínos estarían vinculados a vascones y aquitanos. Sin embargo, Vizcaya o Aquitania nunca habrían sido vasconas por conquista o migraciones, sino únicamente por cambios en las denominaciones regionales de la Antigüedad tardía. Para Balparda, los vizcaínos habrían participado de Cantabria hasta que, tras la conquista romana, los autores romanos fueron individualizando diferentes pueblos en el territorio. En cuanto a los vascones, no tenían participación en la historia vizcaína, tampoco en la vascongada. Entre las pruebas para demostrarlo, prestó atención a los límites de cántabros, autrigones, caristios y várdulos, realizando un mapa que extendía hacia el Este los límites de los cántabros y, por tanto, su papel en el pasado de Vizcaya, incluso tras la conquista romana.

Otra coincidencia significativa, que se oponía tanto a la historiografía nacionalista como a la tradición historiográfica secular, era la defensa de una indudable conquista romana de Vizcaya. Salazar releyó la hipótesis tradicional del pacto o la alianza con Roma en clave de sumisión, a partir del análisis de los mecanismos del imperialismo romano. En cuanto a Balparda, consideró que la conquista fue indiscutible tras el final de las guerras cántabras. Con ello, se dio paso a una integración en las estructuras y la civilización romanas que Balparda lamentaba no hubiera sido más profunda. Y es que, otro de los elementos destacables en ambos autores, es su valoración positiva de la influencia externa como elemento de civilización y progreso, en contra de paradigmas como el nacionalista vasco o el romántico del siglo XIX que la interpretaban como contaminación de las esencias. En el caso de Salazar, buscó un vínculo de los vizcaínos con los pueblos que habrían iniciado el progreso material y moral de la Humanidad en Mesopotamia. En el caso de Balparda, el influjo romano sería sinónimo de civilización, en virtud del cual España se había incorporado a “los destinos espirituales de Europa”. Así, en contraste con el lamento por el escaso influjo romano en Vizcaya, celebra la supuesta localización de la colonia romana *Flaviobriga* en Bilbao, lo que dotaba a la ciudad de un pasado civilizado e imperial que, para el político progresista, justificaba sus ambiciones hegemónicas en el norte de España.

A pesar del esfuerzo historiográfico desplegado por ambos políticos en la confección de discursos históricos alternativos al nacionalismo vasco, a la vez que originales respecto a la tradición anterior, su recepción posterior fue más bien limitada. La dictadura de Primo de Rivera supuso la interrupción de ciertas dinámicas políticas y culturales de las que ambos personajes habían formado parte activa. Por otro lado, desde la academia española se revisitó la Antigüedad vasca desde aproximaciones más profesionalizadas que la de Salazar, también menos apasionadas que la de Balparda, con estudios como el de Claudio Sánchez Albornoz (1893-1984) sobre la geografía antigua de la región<sup>98</sup>. Además, tras la proclamación de la II República Española, emergió con fuerza una historiografía nacionalista renovada y ampliamente difundida en nuevos manuales escolares e historias generales que acompañaría a un nuevo auge electoral, político y cultural del nacionalismo vasco<sup>99</sup>. No obstante, aunque a menudo olvidadas, las obras analizadas son una muestra inigualable de cómo, tras una debacle electoral, el monarquismo vizcaíno vio necesario reescribir el pasado antiguo para combatir al nacionalismo vasco, no solo en las urnas, sino también en el campo historiográfico.

---

<sup>98</sup> Claudio Sánchez Albornoz, «Divisiones tribales y administrativas del solar del reino de Asturias en época romana», *Boletín de la Real Academia de la Historia* 95 (1928), pp. 315-195.

<sup>99</sup> Por ejemplo, Bernardino de Estella, *Historia Vasca* (Bilbao: Emeterio Verdes Achirica, 1931); Bernardo Estornés, *Sabin euskalduna* (Zarauz: Eusko Agitaldaria, 1931); *Historia del País Basko* (Zarauz: Editorial Vasca, 1933); *Euskal-edestia* (Donostia: Beñat idaztiak, 1935); J. Aldazábal, *Historia y geografía de Euzkadi* (Bilbao: Imprenta Etxenagusia, 1932).